

Los pibes del Santa

Los pibes del Santa

*Represión estudiantil
en Florencio Varela (1976-1983)*

Rafael Britez
Néstor Denza

Prólogo de Estela B. de Carlotto

Universidad Nacional de Quilmes

Rector
Gustavo Eduardo Lugones

Vicerrector
Mario E. Lozano



Bernal, 2012

Britez, Rafael

Los pibles del Santa : represión estudiantil en Florencio Varela : 1976-1983 / Rafael

Britez y Néstor Denza. - 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2012.

224 p. + DVD : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-558-245-3

1. Historia Política Argentina. I. Denza, Néstor II. Título

CDD 320.982

Primera edición, 2007, Centro de Participación Popular Enrique Angelelli
y Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia de Florencio Varela
Segunda edición, ampliada, Universidad Nacional de Quilmes, 2012

© Universidad Nacional de Quilmes, 2012

Roque Sáenz Peña 352

(B1876BXD) Bernal

Provincia de Buenos Aires

República Argentina

<http://www.unq.edu.ar>

editorial@unq.edu.ar

ISBN 978-987-558-245-3

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Nota a la segunda edición	9
Prólogo.	13
Introducción	17
Agradecimientos	23
Noticias preliminares	25
I. Fuera Perros Comunistas	29
II. El proyecto Santa Lucía y su inserción en la comunidad	35
III. Los nikkei.	45
IV. La tragedia de la familia Zurita	53
V. El enfrentamiento con el GRES	65
VI. Yo de Argentina no me voy	73
VII. ¿Qué estás leyendo?.	81
VIII. Se acabó la joda	83
IX. Conozcamos a nuestro enemigo	89
X. Secuestros y cautiverios.	93
XI. Civilización o barbarie: El arsenal discursivo	99
XII. La teoría de los dos demonios	107
XIII. El fin del sueño: del pueblo chico a la debacle de “La ciudad iluminada”.	109
XIV. Un aura de silencio.	115
XV. Los herederos de la revuelta	119
XVI. Las organizaciones.	125
XVII. La democracia y Florencio Varela	131

XVIII. Novak y los derechos humanos	135
XIX. El conflicto con el Instituto Santa Lucía.	143
XX. El bien y el mal	157
XXI. Las familias: el pasado que vuelve	183
Memoria gráfica.	185
Epílogo.	217
Bibliografía	221

Nota a la segunda edición

Los autores de este libro consideramos importante enfatizar, en oportunidad de esta segunda edición, nuestra plena identificación con el proyecto político emancipatorio y revolucionario que “los pibes” encarnaban como parte de un programa político mucho más amplio que el de una sigla, color o signo partidario. Además, nos parece esencial la reafirmación del sentido original de aquella investigación, luego de algunos años de la aparición de la obra: aportar a la reconstrucción de la memoria entre las experiencias de lucha del pasado reciente y los desafíos que este complejo presente plantea, en tanto el marco de injusticia social que estimuló a la rebelión de las generaciones de la segunda mitad del siglo XX sigue vigente.

Cuando los pibes chilenos salen a las calles para reclamar el fin de la seudodemocracia que cobija solo a los poderosos, cuando los pibes en Europa, en África y en los Estados Unidos salen a jugarse la vida ante la cacería salvaje de una jauría de policías equipados como máquinas de matar para arrebatar el sueño de una rebeldía innata o, simplemente, cuando los pibes de las nuevas generaciones reclaman en las librerías *Los pibes del Santa*, ávidos de conocer la historia y de reconocerse en ese relato, sentimos que ninguna artera estocada, ningún ataque furioso, ninguna artimaña discursiva de voces cómplices de la dictadura, serán suficientes para detener la primavera que algún día tendrá que llegar. Una primavera en donde no habrá lugar para opresores, ni para oprimidos.

La repercusión de *Los pibes del Santa*, una vez lanzada la primera edición a la consideración pública, posibilitó la adaptación de la historia a diferentes géneros.

A partir de los registros de las entrevistas originales para el texto, se realizó un film documental —el DVD que acompaña esta edición—

con testimonios agregados que la entrada a imprenta del libro había dejado afuera: la entrevista a Ezequiel Demaestri (uno de los hijos de Daniel Demaestri) y Edelmira Agüero (compañera de cautiverio del matrimonio Lula-Schand).

El documental, en coautoría con nuestros amigos y compañeros Julio Kaler y Eduardo Cartoccio, se estrenó en el mes de noviembre de 2008. Fue proyectado en diversos festivales: Valparaíso (Chile, Festival de cine sobre derechos humanos), Rosario (Festival de Cine Under), Festival de Documentalistas Argentinos (DOCA) en el cine Gaumont, Instituto de Cine y Artes Audiovisuales (INCAA), Semana del Cine Argentino en la Universidad Nacional de Quilmes, Cineclub de Pergamino y en decenas de colegios, bibliotecas populares e instituciones. En enero de 2009 se emitió por el Canal 7 de televisión un informe completo de la investigación en el programa “Caminos de tiza”. En Radio Nacional AM 870 se realizó una adaptación para el programa “Secretos argentinos” de Miriam Lewin y Marcelo Camaño.

La revisión del texto —en vistas a la reedición— nos confrontó con los inevitables cambios que el transcurso del tiempo acarrea, uno especialmente merecedor de mención: el fallecimiento de Enrica Angrisani de Lépore, madre de uno de los pibes, José Lépore. Muchos acusados de crímenes de lesa humanidad mueren sin haber recibido sentencia firme, allí radica uno de los agujeros negros del sistema judicial: su demora en establecer responsabilidades y emitir fallos definitivos. Frente a esto, la lucha de Enrica constituye un ejemplo de lo que muchas veces no se habla, los familiares de desaparecidos y su búsqueda perseverante de justicia durante toda una vida. Esa justicia que ella no pudo alcanzar: la condena a quienes secuestraron y desaparecieron a su hijo. Para ellos, los genocidas, seguiremos exigiendo juicio, castigo y cárcel común.

Vaya nuestro recuerdo agradecido y humilde homenaje a Enrica, una Madre de Plaza de Mayo pionera en los oscuros años de la dictadura, cuando los pañuelos blancos en ronda eran un signo de resistencia y de luz en medio de la muerte. Las acciones represivas —en el marco del terrorismo de Estado— del grupo de tareas que secuestró al hijo de Enrica, el entrañable Tanito, y a varios de sus compañeros, se encuentran para ser juzgadas —en diferentes instancias de elevación, con prisiones preventivas, condenas y pedidos de captura— en una de las megacausas judiciales en las que se incluye el horror del centro clandestino de detención conocido como El Banco, la denominada Causa

Primer Cuerpo de Ejército (Causa N° 14.216/2003: Juzgado Nacional en lo Criminal y Correccional Federal N° 3, a cargo del juez Daniel Rafecas, vinculadas a violaciones a los derechos humanos ocurridos entre 1976 y 1983).

Por otra parte, algunas personas nombradas en la investigación cambiaron la situación laboral, cargo político o actuación profesional que ejercían en el momento de la primera edición de este libro, sin que ello implique modificaciones sustanciales al sentido de los hechos por los que aparecen aludidos. Mencionemos solo uno de los casos, a modo de ejemplo: ya no está al frente del Instituto Santa Lucía la profesora María Matilde Rodríguez de De Virgilis. Solo el transcurrir de los acontecimientos permitirá comprobar hasta dónde la ausencia de un Rodríguez en la conducción del Instituto Santa Lucía bastará o no para cambiar la impronta institucional del colegio, impuesta históricamente desde el escritorio de la Dirección.

Los autores queremos destacar especialmente el acompañamiento y el compromiso de nuestros compañeros de la Comisión por la Memoria del Centro de Participación Popular Enrique Angelelli de Florencio Varela, sin cuyo sostén no se hubiese concretado la investigación.

Para cerrar estas breves líneas, agradecemos a la Universidad Nacional de Quilmes, a su Editorial, a Facundo Romero y a Mario Lozano por el entusiasta apoyo para reeditar y acercar a nuevos lectores la historia de los pibes del Santa.

Abril de 2012

Prólogo

Treinta años después podemos imaginarnos los patios y las aulas del Instituto Santa Lucía de Florencio Varela con centenares de activos estudiantes de la zona, hijos de obreros y clase media, cuyos deseos paternos eran el progreso de su prole.

Aún se respira en sus claustros el fervor con que se expresaban, a pesar de su juventud, sus deseos de cambio para el país. La justicia social que implicaba la digna vida para todo el pueblo.

La feroz dictadura se ensañó con ellos y diez bancos vacíos tuvieron la pretensión del olvido, por el miedo, el desconocimiento o la complicidad.

Es que los hacedores de tanto daño, extrañamente argentinos, mediante el terrorismo de Estado y desde una dictadura sangrienta, creyeron vencer a un pueblo que nunca bajó los brazos.

Y la porfía ciudadana hoy nos refresca la memoria en las páginas de este libro: *Los pibes del Santa*.

Los autores, con generosidad y deber histórico, desempolvan la historia de diez luchadores a los que silenciaron los genocidas, por su valentía y compromiso, pero que nunca dejaron de estar presentes en el consciente colectivo porque eran visibles, alegres, generosos, compañeros, hijos, alumnos inolvidables. Y ellos no morirán nunca. Se los recordará y honrará por siempre.

Treinta años después llegará la justicia y con aportes como los que desgranán las páginas de este libro, sabremos quién fue quién en esta historia.

Estoy segura de que no nos han vencido.

Gracias por *Los pibes del Santa*.

Estela B. de Carlotto

Presidenta

Abuelas de Plaza de Mayo

Buenos Aires, 15 de febrero de 2007

De Rafael Britez:
a Favio, Emilio, Nelson y Silvio

De Néstor Denza:
a Lucía, Adriano y Karina

Introducción

Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes y mártires, cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores: la experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las otras cosas. Esta vez es posible que ese círculo se quiebre.

RODOLFO WALSH

Teodocio Acuña, Daniel Demaestri, Horacio Gushiken, Julio Gushiken, Ángel Iula, José Lépore, Silvia Schand, Alejo Zurita, Claudio Zurita y Sergio Zurita estudiaron en el Instituto Santa Lucía de Florencio Varela. Todos ellos fueron secuestrados y desaparecidos en los años de la dictadura militar. Son diez nombres, son diez historias entrelazadas por una época y un lugar que los tuvo como ejemplo de lo que fue gran parte de la juventud argentina, protagonistas del sueño colectivo de una sociedad justa e igualitaria, cercenado brutalmente por el plan de exterminio llevado adelante por la dictadura.

El modo en que el cerco de la represión se fue tendiendo sobre los jóvenes y el sector estudiantil se pone en evidencia, muestra sus signos, en el caso de los alumnos del Instituto Santa Lucía (ISL). A principios de la década de 1970, en una localidad cuya población sumaba cerca de cien mil habitantes, un núcleo muy reducido de adolescentes ingresaba al nivel secundario. De esta conjunción de datos se desprende que la condición de secuestrados-desaparecidos de diez estudiantes que pasaron por las aulas del Santa es particularmente reveladora de la mag-

nidad del genocidio perpetrado en Florencio Varela a partir de 1976.¹ Resulta especialmente significativo que la actual población estudiantil del ISL desconozca quiénes eran esos compañeros que en otros tiempos se sentaron en los mismos bancos que ellos ocupan hoy. Como contraste, esa misma institución que durante casi treinta años mantuvo el silencio sobre sus alumnos desaparecidos, rinde sucesivos homenajes a su rector fundador, Modesto Evaristo Rodríguez,² amigo del genocida Jorge Rafael Videla y un conspicuo defensor de la dictadura.

En Florencio Varela se dieron ciertas condiciones para la aplicación del terrorismo de Estado. Este trabajo pone el foco en la historia de los pibes del Santa, como se los menciona desde el momento de su secuestro y desaparición. El caso de los ex alumnos del Instituto Santa Lucía como eje de investigación se impuso por su propio peso al planificar la reconstrucción y el análisis de la represión ejercida sobre la juventud en Florencio Varela. Este procedimiento permite mostrar el entramado social sobre el que se desarrollaron los acontecimientos, sus causas y consecuencias; al mismo tiempo que se rescata la realidad cotidiana de los protagonistas, se cuenta la militancia, los sueños y esperanzas de las víctimas. También se traza un perfil de las responsabilidades locales en las desapariciones, y se analiza el modo —muchas veces sesgado e indirecto, pero estratégico— en que se colaboró desde el ámbito educativo con la dictadura. Finalmente, se plantean algunas conclusiones que emergen de los testimonios y de los documentos consultados.

Se toman tres épocas abarcadoras de los sucesos narrados: 1961 a 1976, 1976 a 1983 y 1983 en adelante. Esta división cronológica se basa, en primer término, en la lógica misma de los hechos cuya crónica escribimos y, como se puede observar, su núcleo son los años de la

¹ Otros colegios de la localidad como el Instituto Nuestra Señora del Sagrado Corazón, el Instituto San Juan Bautista, la Escuela Nacional de Comercio (hoy Escuela de Enseñanza Media N° 7) y la Escuela de Enseñanza Técnica N°1 también tienen a ex estudiantes en condición de desaparecidos. Mirta Gerelli, abanderada del Sagrado Corazón; Enrique Reggiardo y Claudio Memo, quienes pasaron por las aulas del San Juan Bautista; Graciela Echevarría, egresada del Comercial (luego trabajadora de Alpargatas) y Miguel Ángel Orieta, alumno de la Técnica 1 de la localidad de Bosques —al momento de su secuestro y desaparición, en el mes de febrero de 1977, había pasado a 3° año del Ciclo de Oficios. Cabe aclarar que esta nómina puede estar incompleta, son los nombres que hasta el cierre de esta investigación se pudieron confirmar.

² El rector del ISL, Modesto Evaristo Rodríguez, para la comunidad santalucina simplemente Tino, “el Cabezón” o, para muchos de su círculo íntimo, El Jefe.

dictadura. Por otra parte, y no obstante los períodos antes señalados, la narración no es lineal. El ejercicio de la memoria tiene recovecos y atajos, luces y sombras, avanza y retrocede, busca una palabra, se queda suspendido en un rostro, sinuosamente deviene y se abre paso hasta nosotros. Así intentamos imitar y representar, en la estructura del relato, el modo en que fluyeron los recuerdos en quienes fueron entrevistados; el lector juzgará si se ha logrado este cometido.

Al situarse en la década del sesenta y comienzos de los setenta, se observa el siguiente fenómeno referido al enfrentamiento entre el campo popular y sus enemigos: una parte importante de la juventud se constituyó como sujeto histórico capaz de poner su energía y darle su impronta al debate y la acción política realizada como praxis colectiva. La clase social históricamente dominante, llámese oligarquía agrícola-ganadera, o alta burguesía aliada a las empresas multinacionales y al imperialismo norteamericano, y que detentaba el poder real,³ empezó a ver con alarma creciente como sectores de la clase media se encontraban y se daban la mano en las luchas con la clase trabajadora. En particular, los hijos de ambos sectores tuvieron en las universidades y en las fábricas un espacio de experiencias compartidas y de aprendizaje mutuo.

El revulsivo social de rebeldía política, característico de la época, era alimentado por diversas vertientes ideológicas: el legado militante de los años de la “resistencia peronista” y la lucha por el retorno de Perón desde su exilio madrileño, su tercera presidencia y posterior deceso; previamente, la llegada de Héctor J. Cámpora a la Casa Rosada acompañado por la militancia de la Juventud Peronista —la cual nutrió la primera línea del gobierno camporista— hicieron sentir a muchos que la instauración de la patria socialista era inminente. Por otra parte, el movimiento antiimperialista mundial y latinoamericano aglutinaba a millones de personas detrás de una historia común de gestas emancipadoras. A este cuadro histórico se sumaban la Teología de la Liberación y el ascendiente de las ideas socialistas sobre un sector importante de la juventud, con la consabida reacción de la derecha en el

³ Esto es en términos estrictamente económicos, ya que la puja sectorial por el reparto de la renta nacional, y la porción del PBI que se llevaban los trabajadores, eran asuntos ligados íntimamente a las demás luchas, a las tensiones dentro del sistema de representación política y al peso en este de los obreros, como ha sido objeto de análisis por muchos historiadores del pasado reciente (véase la bibliografía consultada).

plano político y en el económico, cuyo punto de inflexión fue la aparición de la Triple A.

Estas referencias señalan una línea de sentido que va desde los hechos locales hasta los acontecimientos nacionales, ya que en Florencio Varela los secuestros y desapariciones ocurrieron dentro de ese marco de relaciones. Se puede estudiar ese período en Varela como una microsfera, localizada en cierta trama de intereses y complicidades, que fue coherente con la escala macro en la que se inscribía. Así se puede analizar la reproducción de la lógica general con la cual se organizó la represión, focalizada en el marco acotado y ajustado al territorio y a la población varelense. Una conocida frase de Tolstoi, que queremos parafrasear, dice que quien pinta su aldea está pintando el mundo. Este esfuerzo de reconstrucción histórica está animado con el mismo espíritu.

Han pasado treinta años desde el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Esa nefasta fecha señala el inicio de uno de los tantos períodos crueles de nuestra historia, solo que esa vez no fue uno más, sino que marcó el mayor grado de ensañamiento contra la dignidad humana. Todavía muchos acontecimientos que tuvieron lugar en esa época permanecen en las sombras de la memoria, esperando ser rescatados. En Florencio Varela ese silencio obedece a una matriz ideológica conservadora arraigada entre miembros “destacados” de su comunidad y, puntualmente, al interés por la impunidad de quienes fueron cómplices, gestores o simplemente indiferentes frente al dolor y al daño causado con las herramientas del terrorismo de Estado, perpetrado con la falsa excusa de combatir a la subversión armada. La malicia enmascarada detrás de la teoría de los dos demonios fue perdiendo adeptos y hoy tiene escasa cabida en las ponderaciones serias de lo acontecido en la década de 1970. Sabido es, como quedó demostrado en el juicio a los ex comandantes de las tres armas (Ejército, Marina y Aeronáutica), que en realidad lo que existió fue el montaje, armado por la dictadura, de un sistema de persecución y aniquilamiento de los sectores de la ciudadanía más politizados y comprometidos, militantes de organizaciones estudiantiles, gremiales y políticas, que se oponían al gobierno de facto.⁴

⁴ El territorio nacional fue coto de caza de los represores, según un pormenorizado mapeo por regiones que controlaban los Cuerpos del Ejército, con participación de la Armada, la Aeronáutica, la Policía Federal y las provinciales, la Prefectura,

Para esta investigación fueron entrevistados egresados de diferentes épocas del Instituto Santa Lucía, del Instituto Nuestra Señora del Sagrado Corazón, del Instituto San Juan Bautista y de la Escuela Nacional de Comercio (actual Escuela de Enseñanza Media N° 7); familiares y amigos de las víctimas, sus compañeros de militancia, docentes, periodistas que tuvieron contacto con protagonistas de algunos hechos especialmente reveladores; también se consultaron archivos de los organismos de derechos humanos y diarios de la época.

De este trabajo de campo y bibliográfico se desprende y cobra cuerpo una historia, densa en hechos, algunas veces presentados con el ropaje de la simple anécdota, pero solo en apariencia. Basta indagar un poco debajo de esa superficie, para que el trasfondo de los acontecimientos recupere otra significación. De ese modo se pueden ver como indicadores de un tiempo y un lugar donde se jugó la suerte de una generación que llevaba en sus entrañas la voluntad de construcción del hombre nuevo. Sus verdugos y sus mandantes saben y temen los ecos de esa voluntad y los efectos que hoy pueden tener en la conciencia colectiva, a partir de las luchas contra la impunidad de todo tipo.

Aquí están los testimonios, los recuerdos, los documentos, los análisis y las valoraciones que se proyectan más allá de los años de la dictadura y que dejaron un saldo trágico en la población. Entendemos que solo poniéndoles nombre a los protagonistas, y precisiones a las circunstancias y su contexto, se contribuirá a la verdad, a la búsqueda de justicia, y se aportará desde el valor educativo y ético que conlleva la defensa de la vida, de la dignidad humana y el ejercicio de la memoria.

la Gendarmería y los Servicios Penitenciarios. La cabeza del Poder Ejecutivo era el general Jorge Rafael Videla. El Ministerio del Interior, a cargo del general Albano Harguindeguy, era el nexo de las distintas jurisdicciones con la Junta de Comandantes. Florencio Varela se encontraba, en ese siniestro organigrama, bajo la órbita del Primer Cuerpo de Ejército, al mando del general Carlos Guillermo Suárez Mason. Los establecimientos educativos no escaparon a este mecanismo de control y vigilancia. Existen testimonios de que efectivos militares, con rangos de responsabilidad en los servicios de inteligencia de cada región, llegaron hasta los despachos de directivos de muchos colegios a requerir información sobre los movimientos de alumnos o ex alumnos.

Agradecimientos

Los autores expresamos nuestro agradecimiento a todos los que de algún modo nos ayudaron.

Amigos y compañeros de militancia de los pibes nos orientaron en tramos decisivos de la investigación.

Ex docentes del Instituto nos ayudaron a confirmar datos esenciales.

Egresados del Santa de todas las épocas: los que hablaron públicamente y los que prefirieron mantener el anonimato.

Egresados de otros colegios de la localidad.

Julio Kaler Sanzana fue un eficaz y fiel compañero de ruta filmando las entrevistas y participando activamente de las reuniones de trabajo para ordenar y procesar el material obtenido.

Pablo Carrera nos facilitó parte del material de archivo relevado durante la investigación para el libro *Los que no están*, leyó fragmentos de nuestro borrador y nos dio su opinión desde su formación en historia, y participó del viaje a La Plata en el que conocimos e hicimos la primera entrevista a Gustavo Zurita.

José Luis Calegari siempre estuvo atento desde la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia (CMVJ) para atender nuestras solicitudes; también nos acompañó a La Plata a la primera entrevista con Gustavo Zurita; estuvo en las reuniones realizadas con las autoridades del Instituto Santa Lucía; nos ayudó a hacer contactos para la financiación del libro y fue un apoyo permanente para la logística de la investigación.

Los compañeros de la CMVJ. Norberto Bertassio nos aportó sus experiencias y reflexiones sobre los años setenta y Judit Cruz nos ayudó haciendo prensa.

Karina Raimondo, del Centro Angelelli, colaboró en el armado del proyecto de investigación que nos permitió planificar y organizar el trabajo.

El licenciado Eduardo Cartoccio leyó fragmentos del original y resultaron muy valiosas sus acotaciones sobre las décadas del setenta y del ochenta, así como sus sugerencias formales.

El periodista Daniel Otero nos facilitó material de su archivo personal y nos brindó su tiempo en una entrevista colectiva.

El profesor Julio Sarmiento, la profesora Cecilia Boyer, Alejandro Ormaechea y Orlando Babuín nos ayudaron a reconstruir aquellos agitados días de 1987.

La periodista Graciela Linari se interesó por difundir nuestro trabajo, nos brindó espacio en su periódico *Palabras con Historia* y nos facilitó el acceso al archivo de *El Vareloense*.

Gladi Alcaraz, del Servicio de Justicia y Paz del Obispado de Quilmes nos facilitó bibliografía y nos orientó con su análisis certero.

La señora Estela B. de Carlotto fabricó un espacio en su agenda para entrevistarse con nosotros, leer el original y escribir el prólogo.

La asistencia del editor Darío Stukalsky resultó fundamental para concretar la publicación de la primera edición.

Graciela Daleo, quien con su generosa y sabia asistencia de corrección y comentarios críticos nos orientó certeramente.

Cecilia Boyer, por su inspirado aporte en la ilustración original de tapa de la primera edición.

Daniel Sánchez y Daniel Symcha, por su desinteresado trabajo de diagramación y diseño de este libro en la primera edición.

La Hermana Verónica Álvarez nos contactó hace cuatro años con la CMVJ. Estaremos siempre en deuda con ella por su estimulante ejemplo de humildad y sabiduría.

Por último, para destacarlo especialmente, queremos subrayar el apoyo imprescindible de los familiares de los pibes, sin cuyos testimonios y aportes de material documental este libro no hubiese existido: Ángela Iula, Malén Iula, Martina Ruiz de Schand, Lucía Schand, Enrica Angrisani de Lépoire, Roque Lépoire, Carmen Lépoire, Evelina Ferrari, Hugo Gushiken, Mirta Gushiken, Beatriz Gushiken, Nora Ghusiken, Clara Cano, Gustavo Zurita, Sebastián Zurita, Celeste Gutiérrez y Marina Gutiérrez.

Noticias preliminares

Sobre la memoria y sus demoras

Hay silencios que son demasiado ruidosos. Después de tres décadas, les correspondería a los responsables de esa omisión histórica e institucional dar las explicaciones.

Durante el año 2006, la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia de Florencio Varela (CMVJ) inició una serie de gestiones ante las autoridades del Instituto Santa Lucía, llevándoles propuestas para que se realizara un acto de reparación histórica y que el paso por la escuela de los estudiantes secuestrados y desaparecidos fuera reivindicado y su memoria homenajada, como se ha hecho en otros establecimientos educativos del país. Como primera reacción, el colegio respondió con evasivas a las solicitudes de lo familiares y la CMVJ. El contenido esencial de dicha iniciativa apuntaba a la reparación del silencio y el olvido al que fue sometida la memoria de los pibes del Santa durante tanto tiempo, acaso por obvias connotaciones culposas, dado el compromiso público y notorio del rector Rodríguez con la dictadura. En las siguientes líneas consignamos el modo en que se desarrollaron las tratativas.

Desde la primera reunión, realizada en abril de 2006, la CMVJ y los familiares intentaron que las autoridades del ISL cambiaran su actitud negativa respecto de la solicitud más importante: inicialmente no aceptaron que las fotos de los estudiantes desaparecidos fueran expuestas en un lugar destacado y a la vista cotidiana de los actuales alumnos. Las contrapropuestas de quienes conducen actualmente el Instituto fueron siempre en dirección de alejar el tema de la atención de la comunidad educativa, para que pasara lo más desapercibido posible. En nota a la Comisión expresaron que aceptaban colocar una placa; en el colegio hay decenas, con los nombres de los estudiantes de cada promoción. Como concesión máxima, las fotos podrían estar en el museo de la institución, apartadas de la vida cotidiana de la escuela. También

propusieron el ámbito del predio llamado Promociones Santalucinas, ubicado lejos del establecimiento, para los actos de recordación. Por último: no reconocieron la verdad histórica respecto del silencio institucional sobre los pibes y evitaron manifestarse sobre los lazos de Tino Rodríguez con la dictadura y con el genocida Jorge Rafael Videla.

En otra reunión realizada en el mes de agosto, negaron una vez más el ámbito destacado del gimnasio para la colocación de un mural fotográfico. Solo después de la paciente insistencia de los familiares y de que estos sugirieran una ubicación alternativa, los responsables del Instituto dijeron que estudiarían esta propuesta.

Para mediados de septiembre no se habían producido novedades; parecían infructuosos los intentos de los familiares y la CMVJ para lograr un acuerdo con las autoridades del Instituto (representadas por su directora, María Matilde Rodríguez de De Virgilis y su representante legal, María de las Nieves Ramón de Barrere). Finalmente se comprometieron a ceder un espacio para el mural de homenaje. Así se llegó a acordar el 10 de noviembre de 2006 como fecha del acto de inauguración del mismo.

La existencia del mural-homenaje significa un gran avance hacia la reivindicación de la memoria de los pibes que, de ese modo, volvieron a tener presencia allí, en los pasillos y en las aulas del Santa, de donde nunca se fueron del todo. Pero el colegio sigue sin aceptar que la Biblioteca del Instituto lleve el nombre del estudiante desaparecido Ángel Alberto Iula, abanderado de la décima promoción; y siguen desestimando la propuesta de colocar el nombre de cada uno de los ex alumnos desaparecidos a diferentes aulas.

¿Por qué hizo falta tanta insistencia para que el colegio aceptara finalmente el homenaje en los términos deseados por los familiares? ¿Por qué tanta reticencia a que los pibes puedan ser mirados por las nuevas generaciones? Una de las razones fundamentales de la solicitud de los familiares para que el mural incluyera imágenes es la profunda dimensión simbólica de las fotos. Un aporte (siempre insuficiente, pero necesario) a la reparación del dolor, es que los seres queridos de las víctimas del horror cometido por el terrorismo de Estado puedan darles de nuevo nombre y figura, allí donde sea que hayan vivido intensamente parte de su biografía. En el caso de los pibes, un tramo vital de ese espacio fue el colegio en el que —contra viento y marea— alumbraron sueños, amores y utopías.

Acaso las respuestas a las preguntas del párrafo precedente haya que buscarlas en alguna línea de continuidad institucional sostenida

por treinta años, en contradicción con un tiempo que exige verdad y justicia. La verdad no tolera ser confinada a vitrinas de museos sin vida, porque el sentido de la historia es iluminar el presente. Si la memoria tiene razones para demorarse en las fisuras y los pliegues de la impunidad, esa que intentaron ocultar los hacedores de la tragedia argentina, y si los testimonios de los sobrevivientes encierran, de algún modo, explicaciones sobre las conductas y situaciones actuales, este trabajo intenta ayudar a dar cuenta de ello.

Florencio Varela, 13 de diciembre de 2006.